

Siempre crecí con la sensación de que mi padre fue una buena persona. Contaba yo entre dos y tres años cuando se lo llevaron y no tengo experiencias conscientes de su persona sin embargo puedo decir que su vida, percibida poco a poco, ha sido para mi gratificante y estimulante.

Mi relación con él ha estado marcada por el ambiente: el de casa, familia, amigos de la casa, conocidos. Los pocos años que vivió en el hogar fueron los propios de un hogar cristiano y feliz, a pesar de que la situación política, social y religiosa, no ayudaban. Un prueba de ello me la ofrecían y ofrecen mis dos hermanas que, con ocho y seis años, eran unas enamoradas de él.

Existía la costumbre en la casa de bendecir y dar gracias en las comidas; pues bien, nunca faltó en las mismas una oración de un Padrenuestro “al par” para pedir su ayuda. En efecto, nunca pedimos por él, siempre pedimos su protección. Era el convencimiento profundo de su bondad, bien arraigada en todos los hermanos.

No se nos hizo grandes explicaciones de su persona. Se traslucía en mi madre y en cuantas personas tuvieron contacto con los de casa. Su recuerdo siempre era una manifestación de cariño y admiración.¹

¹Del libro “Arturo Ros Montalt 1901-1936” escrito por el Honorato Ros Llopis (sacerdote e hijo póstumo del Mártir)